



EL LARGO REGRESO
Jordi Sierra i Fabra

1.ª edición: junio 2020

© Del texto: Jordi Siera i Fabra, 2020
© De las imágenes: RyanJLane/Istockphotos/Getty Images, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

ISBN: 978-84-698-6629-0
Depósito legal: M-12184-2020
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Jordi Sierra i Fabra

EL LARGO REGRESO

ANAYA

Primera parte

LA VUELTA A CASA

1

Susana

Los tres escucharon el ruido de la llave en la puerta.

Cómo se abría.

Cómo se cerraba.

Luego, los pasos.

Pasos en el pasillo.

Pasos olvidados pero inequívocos, porque cada ser humano camina de una forma propia, suya, y repite siempre la misma cadencia.

Uno a uno, en silencio, bajo el efecto del tsunami que, inesperadamente, crecía bajo sus pies, en sus almas, en sus corazones, se quedaron quietos.

Tensos.

Expectantes.

Y alucinados.

Uno a uno lo sintieron todo de golpe y a la vez. Frío glacial, calor asfixiante, la mente en blanco, el pulso primero paralizado y casi a continuación acelerado a mil. Una ametralladora de los sentidos disparando balas emocionales.

Cada paso, un estallido.

La primera mirada entre los tres fue fugaz.

Sí, estaban en casa. Ellos. Nadie más tenía llaves.

Nadie más salvo...

Pero era imposible, claro.

No así, entrando por la puerta como si tal cosa.

Y sin embargo...

El pasillo era largo.

Ahora se les hizo eterno.

Hasta que les alcanzó la voz.

—¡Hola!

Claudio, el hombre, el padre, dejó que el libro cayera como una hoja de otoño en su regazo, incapaz de sostenerlo.

Marta, la mujer, la madre, sostuvo a duras penas la sopera entre las manos, a medio camino de la mesa, porque de pronto fue como si le pesara una tonelada.

Mireia, la chica, la pequeña, quiso gritar y no pudo, porque una fuerza invisible le paralizó las palabras en la garganta y la ahogó.

A los tres les zumbaron las sienes.

La sangre detenida que empezaba a circular a borbotones.

La voz era...

La voz era de ella.

Tantas veces anhelada, tanto tiempo ansiada y, ahora...

No, no era posible. Sucedió algo extraño. Les poseía una maldición diabólica, producto de tanta ansiedad.

La voz sonó de nuevo en el pasillo, cada vez más cerca.

—¡Han cerrado la panadería! ¿Podéis creerlo? Es como si no existiera.

No había error posible.

Salvo el tono, con algún ligero matiz, la voz era de ella, sí.

Susana.

¿Absurdo?

¿Susana volvía, abría la puerta con sus llaves, entraba en casa y lo único que se le ocurría decir era «¡Han cerrado la panadería! ¿Podéis creerlo? Es como si no existiera?»

Tantas esperanzas muriendo día a día.

Tantas lágrimas y caídas en las pendientes del desaliento.

Tanto miedo y dolor.

Todos aquellos años...

Cuatro.

Una vida entera.

«¡Han cerrado la panadería! ¿Podéis creerlo? Es como si no existiera».

Claudio, Marta y Mireia miraron en dirección a la puerta del comedor.

¿Cuánto puede dilatarse un segundo?

Un momento tan efímero.

Y entonces ella apareció por la puerta.

Vestía de forma distinta, era cuatro años mayor, parecía diferente siendo la misma, estaba pálida, blanca, desmejorada, tenía orejas, su cuerpo parecía una pluma por la extrema delgadez.

Pero sí, desde luego, era ella.

Susana.

Estaban tan paralizados que fue la aparecida la que, con asombro, se detuvo y les dijo:

—¿Qué os pasa? ¿Por qué me miráis así?

2 Claudio

Claudio Millán Andrés había tenido una vida vulgar y corriente, como la de muchos, como la de la inmensa mayoría, y no se arrepentía de ello. Existía un orden, y los seres humanos se ceñían a él. Nadar contra corriente era de locos. Hacerlo a merced de ella, sin más, podía representar caer en el vértigo. Todos los extremos eran malos. Algunas personas nacían con ambiciones, mientras que otras carecían de ellas. Había hombres con las ideas claras, que sabían cómo enfrentarse a la vida, y hombres que se dejaban llevar, esperando que la vida les condujese a alguna parte. No todos eran genios ni todos dignos de olvido. Para él lo ideal era el término medio.

Como la carne, ni muy hecha ni poco hecha.

Claudio Millán Andrés había sido un estudiante mediocre, con notas aceptables y poco más. Desde luego, no iba para arquitecto ni para abogado, médico o ingeniero. Su padre habría sido el primer sorprendido. Aprobó lo que tenía que aprobar y, a la hora de la verdad, al acabar la escuela, se puso a trabajar. ¿Una beca? ¿Para qué? Las becas se las daban a los listos o a los enchufados, y él no era ni una cosa ni la otra.

Había entrado en una ferretería, como dependiente. Se dio cuenta del poco porvenir que tenía eso y pasó a una cadena de

supermercados. Casi dos años y tres puestos diferentes después, de mozo a cajero, tuvo que cumplir con el servicio militar, de los últimos a los que tocó en España algo así, prueba de su mala suerte. Se fue a Cartagena, a la Marina. Él, que se mareaba nada más pisar un barco. Cuando se dieron cuenta de que era un caso perdido, lo dejaron en tierra. Entonces, tuvo suerte, porque en las oficinas, al menos, aprendió un oficio: el de chupatintas. Total, el trabajo consistía en llevar cosas de un lado a otro y en hacer números básicos. Al acabar el servicio se juntó con un amigo más emprendedor y montaron un negocio de distribución de recambios para lampistería. Les fue mal y cerraron.

Cómo acabó en la empresa en la que trabajaba fue un poco rocambolesco. El tío de Marta le echó un cable. El tío de Marta era también el padrino de ella, así que la quería con locura, no en vano era soltero y no tenía hijos. Colocarle fue un acto de cordura y eso fue todo. Desde entonces, Claudio Millán Andrés trabajaba en el mismo lugar, empleado modelo y eficaz.

Marta fue su tercera novia. La primera, antes del servicio militar, fue la de la locura, el subidón, la mente llena de colores y el corazón palpitante. La mili y la distancia acabaron con ello. En su ausencia, otro, que se libró por tener los pies planos, se la llevó. La segunda novia era la hermana del socio del negocio. Duró lo que el negocio. Sin perspectivas, ella, práctica, prefirió a un vecino que iba en serio y estudiaba veterinaria. Le encantaban los animales.

Por fin, apareció Marta.

Cinco años más joven, discreta, tímida. No había tenido novio. Más aún: era virgen. Eso a Claudio Millán Andrés le pareció un regalo, una bendición. ¿Una chica virgen de veinte

años? Increíble. Claro que le costó algunos meses llevársela a la cama, pero para entonces ya eran novios formales, prometidos. Se casaron cuando tenía veintisiete años y ella acababa de cumplir veintidós. Fueron de alquiler. Eran felices. No tenían nada, así que cada cosa era un regalo.

Tardaron siete años en ser padres.

El día que nació Susana...

3 Marta

Marta Duque Palacios siempre se sintió acomplejada por sus apellidos. Duque y Palacios. En el colegio la llamaban la duquesa, la palaciega, alteza y otras menudeces. Cuando supo que gracias a su madre no le habían puesto el nombre de la abuela, Reina, se lo agradeció. Hubiera sido insoportable.

Fue una niña enfermiza, de aspecto frágil. Tardó en desarrollarse y no le vino el período hasta los trece años largos. Su prima Lucía, que lo tuvo a los nueve y medio, parecía una mujer a su lado. Eso hizo que, además de los complejos por los apellidos combinados, su etapa escolar no fuera una maravilla. Su padre se empeñaba en que estudiara. Ella prefería leer. Sufrió acoso y maltrato escolar por parte de un grupo de niñas atrocemente crueles y se dio cuenta de que las chicas, en plan agresivo, eran peores incluso que los chicos. El peor día de su vida fue el que le quitaron las bragas y tuvo que ir a casa sin ellas. No se le veía nada, pero se sintió absolutamente desnuda. Por culpa de ello y alguna cosa más, odió la escuela. No habría seguido estudiando, pero, con semejantes antecedentes, aún lo tuvo más claro. A los dieciséis años entró a trabajar como dependienta en una perfumería. A los tres días la despidieron porque los clientes y las clientas no se acercaban a ella.

Carecía de *glamour* para vender perfumes. Tuvo más suerte con su siguiente trabajo, porque no era de cara al público.

Marta Duque Palacios tenía veinte años cuando conoció al que sería primero su novio y después su marido: Claudio Millán Andrés. No era el más guapo, pero la hizo reír. Pensó que, si un chico era lo bastante bueno como para hacer reír a una chica, valía la pena. Se hicieron novios y la vida tomó un sentido. Era feliz. Quería casarse y tener hijos. ¿Qué había de malo en ello? El día que se acostó con Claudio tuvo que hacerlo a oscuras y, aun así, se tapó la cara avergonzada.

Durante el primer año de matrimonio, no buscaron descendencia. Bastante tenían con vivir y salir adelante. Además, ella era todavía muy joven. Dijeron aquello de «más adelante» y «vamos a esperar».

Pasaron tres años.

Cuando se pusieron a ello, descubrieron que la naturaleza podía ser muy caprichosa, porque no hubo forma de que se quedara embarazada. Pasó un año. Pasó otro. Fueron a un médico que certificó que los dos estaban sanos y no había problemas para tener hijos. Mientras veía acercarse los treinta, Marta Duque Palacios entró en depresión.

Iban a buscar algo más expeditivo, como una fecundación *in vitro*, cuando llegó la buena nueva.

El embarazo.

Lo perdió a los tres meses.

Esta vez, la depresión fue mucho mayor, pero, por lo menos, los hados no se volvieron del todo en su contra. Como si ya se hubiera abierto un canal, quedó en estado cinco meses más tarde. Tomó el máximo de precauciones, no moverse, no agitarse, no enfadarse, no hacer nada, y así dio a luz a Susana.

De eso hacía dieciocho años.

4 Mireia

Mireia solía decir que estaba viva de rebote.

Mejor dicho: de casualidad.

Si sus padres hubieran tenido el hijo que buscaban y que les nació muerto, desde luego no habrían ido a por ella. Con dos hubiera sido suficiente. Pero ese hijo, a los dos años de nacer su hermana mayor, no llegó a vivir. Tenía hidrocefalia. Lo peor incluso fue que su madre lo llevó muerto en el vientre los últimos días, hasta que se lo quitaron.

Los médicos le dijeron entonces que no se arriesgara, que otro embarazo podía ser funesto, que estaba en juego su salud, que si tenía otro niño o niña podía nacer mal, que...

Su madre no les hizo caso.

Se quedó de nuevo en estado.

Y así, cuatro años después de Susana, ella llegó al mundo.

Bueno, lo de vivir de rebote o de casualidad era cierto. Pero también que estaba en este mundo por la cabezonería de su progenitora.

Mireia era la clásica hermana pequeña. Cuatro años podrían ser pocos o muchos. Pocos en la juventud o madurez, pero en la infancia... Susana era la mayor, la guapa, la que mandaba, la que hacía lo que quería, y ella la que la seguía

siempre. En todo. Su fiel escudera. Eso sí, mientras que Susana era una chica relativamente tranquila, con mucha imaginación pero los pies asentados en la tierra, Mireia era lo que para los demás se conocía como «un bicho». Inquieta, activa, nerviosa, siempre sonriente...

Por lo menos hasta los diez años.

Cuando Mireia tenía diez años, Susana había desaparecido.

Aquel día su hermana mayor fue a comprar el pan. Dijo: «¡Ahora vuelvo!».

Y no volvió.

Cuatro años.

La vida de Mireia había cambiado de raíz en este tiempo.

Quería seguir siendo inquieta, activa... y no podía.

Tenía catorce años, pero no la dejaban disfrutarlos. Vivía atrapada en un bucle, aprisionada por una mano cerrada convertida en puño que la ahogaba y le impedía respirar. La casa era un mausoleo silencioso roto por las intermitentes lágrimas de su madre, constantes, mantenidas y repetidas a lo largo de aquellos años. Cuatro años sin risas, cuatro años de silencios, cuatro años de tortura. Para una niña de diez, once, doce, trece y catorce años, toda una vida.

Desde la desaparición de Susana, a Mireia no la dejaban salir sola de casa. Nunca. Ni siquiera para ir a la escuela. El miedo se había instalado de manera perpetua entre ellos. Y el paso del tiempo no lo mejoraba. Las amigas de Mireia ya iban al cine el sábado por la tarde, se juntaban para hacer fiestas, pasarlo bien. Incluso alguna tenía novio. Una vida cerrada para la hermana de la chica desaparecida.

Y faltaba una eternidad para cumplir los dieciocho y marcharse de casa.

Del cementerio en el que se había convertido lo que antes era un hogar.

Al comienzo todo había sido una locura. Policía, la atención pública, los pósteres y los anuncios con su foto, el vértigo de las circunstancias... Y luego, poco a poco, con la falta de noticias y el misterio, el clamor había dado paso al silencio. Susana era una de tantas desaparecidas sin dejar rastro. Podía estar muerta. Podía estar viva. ¿Irse de casa por su voluntad? No, imposible. Entonces...

Quedaba la esperanza.

Siempre ella.

Cuatro años desde aquel día.

Y, de pronto...

Se abría una puerta y se escuchaba su voz.

—¡Han cerrado la panadería! ¿Podéis creerlo? Es como si no existiera.

Cuatro años después de su desaparición, Susana se presenta en casa como si nada hubiera pasado. Ante el desconcierto de la familia, y el suyo propio, la muchacha debe asumir que hay una laguna en su memoria que no es capaz de desvelar.

Juzgada por el entorno y los medios de comunicación, que siguieron de cerca su caso, colaborará con la policía para intentar resolver el misterio de su ausencia estos años. ¿Dónde estuvo retenida? ¿Quién se la llevo? ¿Por qué no recuerda nada? ¿Cómo pudo volver a casa?

Demasiadas incógnitas que no parecen tener fácil respuesta y que pondrán a prueba no solo a Susana y los suyos, sino también a los que desean ayudarla y solucionar el caso.

«¿Cuánto puede dilatarse un segundo?
Un momento tan efímero.
Y entonces ella apareció por la puerta».

1578592

ISBN 978-84-698-6629-0



9 788469 866290

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com